

— Verá usted: sucedió lo que dijo Catana que podía suceder: que llegáramos á casa sin que él hubiera salido de su cuarto, donde estaba encerrado toda la mañana escribiendo. Ya se sabe, cuando coge una tarea de esas, que la coge de tarde en tarde, siempre hay que entrar á llamarle para comer. Pues bueno: llegamos sin que nos viera nadie, guardó Catana el contrabando de la ropa mojada, y yo me fuí corriendito á mi gabinete; pero al entrar en la sala ¡zas! salía él del suyo, y me pescó. Aunque muy sobrecogida, me disculpé bastante bien; y ya se había tragado el embuste que urdí en el aire, de un paseo muy largo después de haber estado leyendo muchísimo tiempo en la Glorieta, donde él me dejó, cuando, hijo, mirándome y remirándome, se empeña en que el vestido que yo tenía puesto era distinto ¡ya lo creo! del que llevaba por la mañana... Tan cogida me vi entonces, que estuve si canto ó no canto; pero dominándome un poco, probé á negar, y negué, con la mayor desvergüenza, que hubiera cambiado de vestido en toda la mañana. Por de pronto le dejé en dudas y

no aguardé á más. Pero ¡ay, Leto! cuando salí á la mesa... figúrese usted con qué



ánimos saldría y con qué ganas de comer y con qué trazas; pues, por mucho que quise componerme y arreglarme de manera

que se borrarán las marcas de lo pasado ¡eran tan hondas! Con todo esto y lo receloso que él había quedado, y, para ayuda de males, con el poco disimulo de Catana al servirnos, el pobre hombre se puso en ascuas; y pregunta va y zancadilla viene, y ojeada á Catana y ojeada á mí. Se acabó aquello, yo no sé cómo, y empezó otra indagatoria en el saloncillo... hasta que se cansó, poco antes de llegar don Claudio. Y yo á todo esto, niega y ríe sin cuenta ni razón y muerta de pesadumbre por la violencia en que vivo y los malos ratos que estoy dando al pobre papá... Y, otra cosa, Leto, ¡qué sé yo lo que le pasará por la cabeza? Porque lo que menos sospecha él es la verdad; y como el caso es que yo he faltado de casa toda la mañana, y no quiero declarar lo que me ha sucedido, ni puedo convencerle de que no me ha sucedido nada... ¿No le parece á usted que lo más llano sería descubrirle...?

— ¡No lo descubra usted, por todos los santos del cielo, Nieves! — la suplicó Leto, con el alma entre los labios.

— Pero ¿por qué, hombre de Dios? ¿No

le parecen á usted de peso las razones que le he dado?

— Sí que me lo parecen; pero yo también tengo otras que no dejan de pesar en contrario sentido.

— A verlas.

— ¡A verlas! Temo que le parezcan á usted razones de egoísmo, Nieves; porque lo cierto es que se dan un aire, así de pronto... En primer lugar, el señor don Alejandro es incapaz de pensar de usted cosa que la desfavorezca; y al ver que usted sigue negando y ha vuelto á ser en todo y por todo lo que antes era, como volverá á serlo desde mañana, en cuanto esta noche duerma con sosiego algunas horas, que sí las dormiré aunque al principio la desvelen algo las pesadillas, se le disiparán todas las aprensiones y acabará por reírse de ellas. Le juro á usted que si yo no lo creyera así, la aconsejaría que esta misma noche le descubriera usted la verdad.

— Pero puede descubrirla alguien que la sepa, como ha de saberse, y venga por ahí con la mejor intención; ó en la calle cuando él salga...

— Ya está previsto el caso y conjurado el riesgo en lo posible; y si no alcanza el conjuro... entonces será ocasión de explicárselo todo como se pueda, y de calmarle.

— ¿Esa es una de las razones? — le preguntó Nieves.

— ¿No le parece á usted de algún peso? — preguntó á su vez el otro.

— Lo que no me parece es egoísta...

— La egoísta va ahora, — dijo Leto armandose de resolución: — óigala usted: el día en que el señor don Alejandro sepa lo ocurrido, se quedó el espacio sin aire y el cielo sin sol para mí.

— ¡Qué exageraciones, hombre! Y ¿por qué?

— Porque ese día, en justo castigo, se me cerrarán á mí las puertas de esta casa.

Temió Leto que esta aclaración de las otras dos hipérboles sonaran demasiado recio en los oídos de Nieves, y se apresuró á decirla:

— La ruego á usted que no dé á estas palabras otro alcance que el muy modesto que llevan: las mayores bondades de usted conmigo no harán jamás que yo confunda

los puestos ni las distancias: desde el suyo humildísimo goza el más pobre de la tierra los beneficios del sol y del aire que le dan la vida... No sé si habrá acabado usted de comprender lo que he querido decirla.

No le sacó Nieves de la duda con palabras, por de pronto, ni con un gesto, porque, si le hizo, no pudo pescarle Leto en medio de la oscuridad que los envolvía; pero tras un ratito de silencio, oyó que le decía la hija de don Alejandro Bermúdez, siempre muy bajito:

— Tenemos fama de exageradores los andaluces; pero ¡cuidado que usted!... Y además de exagerador, es visionario: ¡pensar que han de dejarle sin aire y sin luz por un hecho que otros publicarían á voces para darse importancia!... ¿Por quién toma usted á mi padre, Leto? ¿Tantos harían por su hija lo que hizo usted esta mañana?

— ¡Si eso — replicó Leto con mucha vehemencia — no fué hacer, Nieves, sino deshacer; enmendar en parte una brutalidad mía anterior! ¡Si lo saliente del caso ese no está en haberme arrojado yo al mar detrás de usted, sino en haber consentido

en llevarla á escondidas en mi barco y sido causa luego de que usted cayera! ¿Qué importaba ya mi vida, ni cien vidas que hubiera tenido disponibles, después de poner en peligro la de usted? Y por aquí, por este lado, es por donde habría de ver el caso don Alejandro, y le verá cualquiera que discurra con serenidad.

— De manera — observó Nieves con una ironía que se transparentaba perfectamente en el acento de la voz y hasta en el modo de volver la cabecita hacia Leto — que si como fuí á escondidas en su yacht y caí por culpa de usted, voy por encargo expreso de mi padre y caigo por culpa mía, en la mar me quedo sin auxilio de nadie?

— ¡Eso no! — replicó Leto al instante y con una viveza que ardía. — Yo me hubiera tirado lo mismo detrás de usted; sólo que en ese caso el hecho hubiera tenido la poca importancia que no puede ni debe tener hoy.

¡Si Leto hubiera podido ver entonces la cara de Nieves!... En cambio oyó que ésta le decía:

— Es usted muy mal juez en causa pro-

pia, está visto. ¿Quiere usted dejar ese caso de mi cuenta? ¿Quiere usted que quede á mi arbitrio el descubrir ó no descubrir á papá el misterio que con tantos afanes anda buscando el pobre?

— Yo no quiero más — respondió Leto — que lo que usted quiera... Al fin y al cabo, entre usted y yo, la razón no puede vacilar...

— Será porque me pertenezca, — replicó Nieves. — De todos modos, muchas gracias por los poderes que me da, y óigame dos palabritas en respuesta á aquello de los puestos para tomar el aire y el sol. En casos como el que citaba usted y temía que me ofendiera, no admito arribas ni abajos; porque, si á medirnos fuéramos, ¿quién sabe, Leto, á quien le correspondería en justicia el puesto más elevado? Es posible que volvamos á hablar despacio de esto mismo... A mí no me pesaría. Por ahora, quédese como está el asunto; es decir, en que le he comprendido á usted, y en que no es el que usted merece el puesto con que se conforma para tomar el sol y el aire... Otra cosa: ¿oye usted la mar?... ¿No parece que está relatando la historia por

lo bajo, para que se entere papá, y murmurando contra usted porque la dejó sin la presa que ya estaba devorando? Toda la tarde me ha estado sonando la misma ilusión en los oídos... ¡Pícara memoria, qué malos ratos me está dando!... Si yo pudiera arreglarla á mi gusto, borraría lo amargo en ella; y entonces ya sería otra cosa bien distinta... Temí que no viniera usted esta noche, Leto. ¡Como le dejé tan preocupado y es usted tan... especial!... Por otra parte, casi sentía que viniera, pensando en que al verle entrar de pronto... ¡qué sé yo? ¡Depende de tan poco el que papá, con lo receloso que anda, me haga declararle la verdad! Por ese temor, en cuanto sentí los pasos de ustedes, me vine aquí con un pretexto... Lo peligroso para mí era la primera impresión. Además, tenía deseos de que habláramos algo. Ya ve usted, después de lo sucedido, ¿qué cosa más natural? Y ese poco que habláramos, no había de ser á gritos delante de la gente, ¿verdad, Leto?... Pues cuénteme usted ahora todo lo que le ha pasado desde que nos despedimos en el yacht.

¿Por qué extraña combinación de sensaciones y de ideas, llegó Leto á imaginarse entonces que, contemplados los enojos de Bermúdez contra él á través de la parrada de Nieves, adquirirían proporciones colosales? En esta alucinación metido y disponiéndose á responder á Nieves, le sorprendió la voz del propio don Alejandro, diciendo desde la puerta del balcón:

—Niña, que te va á hacer daño el relente.

Los dos de la barandilla se volvieron cara adentro. Nieves, más serena que Leto, respondió al punto:

—Al contrario, papá: me va sentando muy bien.

—Se te figurará á ti, — insistió secamente Bermúdez; — pero yo sé que te hace daño...

— Tiene razón don Alejandro, — se permitió decir Leto como si tratara de congraciarse con él. — Dentro estará usted mejor.

Y pasaron los dos al saloncillo donde se aburrían soberanamente los tres señores mayores.

La tertulia se acabó poco después...

Al bajar á la villa convinieron don Adrián y el comandante en que el pobre don Alejandro andaba en vilo. No había habido modo de interesarle en ninguna conversación. Leto no se había enterado bien de ello porque se había pasado la mayor parte del tiempo en el balcón, «demasiado tiempo» en opinión, muy recalcada, de Fuertes; porque en la tirantez de espíritu en que se hallaba el buen señor, hasta los dedos se le antojaban «huéspedes». También esto de los huéspedes se lo recalcó mucho don Claudio á Leto. El cual disculpó su conducta con el deseo que le manifestó Nieves de permanecer allí, por temor á las pesquisas incesantes de su padre, y de hablar sobre lo más conveniente para todos, entre decirlo ó callarlo.

—Y ¿en qué han quedado ustedes?— preguntóle Fuertes con la mayor sencillez del mundo.

Tan escamado estaba Leto con la *nariz* del comandante, que se sobresaltó con la pregunta, pensando que iba enderezada á *otra cosa* de las que se habían tratado en el balcón y llevaba él guardadita en la me-

moria y paladeaba á ratos con avidez para endulzar los amargores de sus recuerdos de la mañana. Pero se repuso al instante, y contestó:

—En que ella haga lo que le parezca más prudente.

—Muy bien acordado ¡caray! —observó entonces don Adrián Pérez deteniéndose para dirigirse á sus dos interlocutores, que también se detuvieron. —Verdaderamente la situación moral del excelente amigo, no es para prolongada mucho tiempo... eso es... ni tampoco la nuestra. ¡Caray! no señor: ni tampoco la nuestra... eso es... Puede vencer las aprensiones que le inquietan; pero pudiera no... y las aprensiones comprimidas son pólvora, que al fin revienta, ¡caray! y entonces, lo que pudo curarse con dos cuartos de unguento, es una carnicería... Y hay que huir de estos extremos... eso es... mayormente cuando el asunto, bien mirado, bien mirado, eso es, no vale la pena, como en el caso presente; sí señor, como en el caso presente. ¿De qué se trata en fin y remate?... Eso es, ¿de qué se trata? Pues, ¡caray! á todo echar,

de una futesa... de una muchachada, eso es... Que el señor don Alejandro se entera



de ella... se entera de ella, corriente... que se incomoda un poquito... eso es, y te echa á ti, Leto, un rifirrafe, y otro rifirrafe á su hija... Pues pongámoslo en lo más... y que haya rifirrafe para mí igualmente, ¡caray!... y hasta para usted también, don Claudio... eso es, sí señor, un rifirrafe para ca-

da uno... ¿Y qué?... Por más vueltas que le demos, siempre saldrá en limpio, en lim-

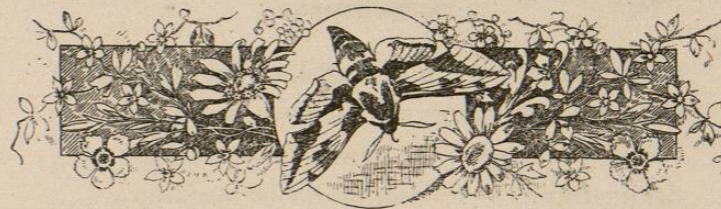
pio, eso es, lo que antes dije: una muchachada... que servirá de gobierno para en adelante, y que se acabarán esos recreos peligrosos para ella... ¡muy bien acabados, caray! ¡Ojalá tuviera yo influjo bastante para obligarte á ti á lo mismo! Eso es... Pues ya está el señor don Alejandro desfogado y satisfecho; ya estamos nosotros tranquilos, tranquilos y satisfechos igualmente, eso es, y las cosas en su centro, y la paz restablecida en Pelechés. Pues pongámonos ¡caray! en el otro extremo, y que el señor don Alejandro comienza á ver torres y montañas ¡caray! y á sospechar de todos, ¡caray... caray! Ese caballero no merece, no merece, eso es, una mortificación tan grande por motivos tan pequeños; tan pequeños, sí señor, si somos buenos amigos suyos, buenos amigos, ¡caray! ¿No le parece á usted, señor don Claudio?

— Al pie de la letra, señor don Adrián, — respondió el comandante rompiendo la interrumpida marcha, — y me permito aconsejar á Leto que si la interesada no resuelve sus dudas en este mismo sentido, influya con ella con todo su prestigio, para que lo

haga así, por la cuenta que les tiene; y á usted, Leto, en particular

— ¡Eso es, caray, sí señor, eso es!

Y no se habló más del asunto, ni de otro tampoco en aquella ocasión, entre los tres tertulianos de Peleches.



IX

AL DÍA SIGUIENTE

DURANTE las primeras horas de la alta noche, Nieves se despertó muchas veces: aun dormida oía aquel borboteo de la mar relatando el suceso á todo el mundo y reclamando la presa que la habían arrebatado de las fauces; pero estaba en la flor de la vida, á la edad en que las heridas no ahondan tanto como duelen; su quebranto físico